

## ANOTACIONES SOBRE APORTACIÓN POLÍTICO-SOCIAL DE LA COMUNIDAD IBEROAMERICANA

Por JOSÉ L. RUBIO CORDÓN

### Decíamos ayer...

Esta reflexión, cuyo contenido lo componen solamente unas breves anotaciones espontáneas sobre en qué medida la Comunidad Iberoamericana está dotada de elementos capaces de aportar vías de solución a los problemas político-sociales de la sociedad internacional presente, ha de arrancar, necesariamente, ha de asentarse, necesariamente, en lo ya expuesto en el trabajo —antiguo ya de un año— sobre *El futuro político-social de la Comunidad Iberoamericana*.

Precisamente en él exponía lo que a mi particular parecer, y fuera de toda solemnidad dogmatizante —dispuesto enteramente a una nueva reflexión y a una enmienda en los resultados—, debería ofrecer la Comunidad Iberoamericana ante el panorama internacional que nos muestra el presente.

Lo que puedo añadir es —y será— insistencia o repetición, aclaración todo lo más, ampliación. (Y vuelvo a reiterar; siempre desde un punto de vista personal, no de seguimiento de los más reconocidos especialistas, ni recargado de citas de autoridad).

En aquel trabajo, mi punto de partida inicial era la contestación a una pregunta previa —dramática y actualísima—: La Comunidad iberoamericana, esa que aparece oficialmente en las Cumbres de los Jefes de Estado y de

Gobierno de Guadalajara, Madrid, Brasil, Salvador de Bahía y Cartagena, sin definición precisa pero abierta a todas las esperanzas, esa Comunidad dispersa hoy en más de una veintena de Estados, algunos de los cuales se han integrado ya en estructuras supranacionales no ibéricas, económicas y políticas (la Unión Europea y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte), ¿sigue existiendo como tal Comunidad y, por lo mismo, tiene una tarea, o proyecto, o destino, o misión común propia y distinta a cumplir en el ámbito mundial? ¿O, por el contrario, ha de aceptar disolverse progresivamente en otras integraciones supranacionales —continentales— no propias? ¿La Comunidad Iberoamericana, cimentada en una herencia histórico-cultural —una forma especial de ser—, se disolverá en otras comunidades cimentadas en el factor geográfico, en el estar?

No es una interrogante marginal o secundaria para nuestros pueblos, no es algo que pueda ocultarse tras planteamientos exclusivamente económicos o de política inmediata: es una interrogante que pesa sobre nosotros, sobre nuestros pueblos, en primerísimo lugar. Porque en contadísimas ocasiones de la vida de nuestros pueblos —o, tal vez, nunca— se ha planteado una cuestión de mayor transcendencia histórica, y se ha tenido que adoptar, en consecuencia, una resolución con mayor carga de siglos futuros.

Mi respuesta, personal y obstinada, es que, pese a la dispersión actual, pese a la integración de algunas de sus porciones en comunidades ajenas —herederas de otras manifestaciones culturales distintas—, esa Comunidad Iberoamericana sigue existiendo. Y tiene una tarea, proyecto, destino, misión propia que desarrollar en el ámbito internacional.

Para mí, el sentido de esta Comunidad, lo que la distingue, lo que le da un carácter singular, viene determinado desde el origen constitutivo por la respuesta, o propuesta, hispano-católica ante la vida, frente a la respuesta, o propuesta, anglo-calvinista. (No, por supuesto, tomando esta afirmación en el sentido de una ortodoxia cerrada en el catolicismo romano: sino en una definición global de actitud ante la existencia humana).

Quintaesenciando esas diferentes respuestas las sintetizaría en la propuesta hispano-católica de el mundo para la comunidad —la solidaridad— frente al mundo para el individuo —el individualismo— como respuesta anglo-calvinista. No disolviendo por ello al individuo en la sociedad, pero tampoco negando a la sociedad por la autojustificación del individuo. Un individuo que se planifica, precisamente, en el amor a sus hermanos, y no en la justificación por si mismo. (El hombre, como hijo de Dios, es algo

superior, personal, irrepetible, pero, al mismo tiempo, forma parte de la fraternidad de los que tienen un mismo Padre).

Esa fraternidad, fruto de la común filiación —«la igualdad esencial del género humano»—, lleva a una posición radicalmente integradora, excluyente de toda exclusión, de todo racismo, que tiene como máxima expresión de síntesis el «mestizaje». (Frente a la línea anglo-calvinista que, a través de la «predestinación» lleva a la desintegración, a la separación, a la condena de una parte mayoritaria de la humanidad. En esta vida, y, por supuesto, en la otra).

Unida en un solo cuerpo, o disuelta en una veintena de Estados —más zonas inmersas en otras realidades, o sin soberanía propia—, dispersa en otras comunidades supranacionales nacientes no ibéricas, esa misión de defensa de la igualdad esencial del género humano, y de su plasmación a través del mestizaje —de razas, de culturas, de sistemas— permanece, perdura y congrega a los pueblos del mundo indo-hispano en una tarea universal propia y superior: integradora.

La integración, la síntesis, el mestizaje, la comprensión de que el ser humano no puede quedar separado de otro ser humano por el origen étnico o la definición cultural, lleva a conclusiones precisas en el terreno de la organización política y en el ámbito de la organización económico-social. (Y sigo la línea de lo señalado en el anterior trabajo).

*En el terreno político* la tarea integradora obliga a plantear, ante el modelo de democracia partidocrática imperante en Occidente, una forma de democracia:

- Que parta de la afirmación de lo indiscutible de la misma, como forma política superior —una destilación sabia de tantos siglos de búsqueda para facilitar la convivencia en paz de los distintos—, forma de la que no se puede retroceder, y en la que es obligado: la separación de poderes; la elección del Legislativo y del Ejecutivo por el voto inorgánico de los ciudadanos por períodos breves de tiempo; la pluralidad de opciones políticas —partidos— para esas elecciones; el respeto a las minorías y la salvaguarda de los derechos básicos de la persona humana.
- Pero que, al tiempo, corrija las incapacidades y las deformaciones actuales, manteniendo vías plurales de organización y representación, diferentes e independientes de los partidos políticos —en los terrenos municipal, laboral, profesional, cultural, académico, etc.—, fortaleciendo y potenciando las organizaciones independientes de base como cauces de representación que deben romper el monopolio de los parti-

dos, y haciendo irrumpir en las estructuras sociales y políticas las aportaciones hoy infravaloradas de la población indígena y, en su caso, de la población de procedencia africana.

Es decir: la Comunidad Iberoamericana, en el terreno político, tiene que romper con la peligrosa tendencia —auspiciada por una asimilación mimética de modelos nórdicos en su peor expresión— de la deformación participocrática que lleva a una realidad muy pobre en la comunicación pueblo-administración, por la usurpación por los partidos de todos los cauces de representación social. Cuando los partidos desbordan su propio y esencial cometido y devoran toda la sociedad —cultura, trabajo, enseñanza, juventud, movimiento femenino...— la sociedad se empobrece, y la propia democracia —que es pluralidad de opciones pero también pluralidad de cauces— se empobrece, profundiza la brecha entre una minoría que dispone y la gran mayoría disponible.

*En el terreno económico-social* la tarea integradora obliga a plantear —ante el modelo del capitalismo individualista de divinización de la economía de mercado, imperante en Occidente e impuesto progresivamente por Occidente al resto del mundo— una forma de estructuración social y económica:

- Que, partiendo de la libertad —e incluso de la libertad de mercado—, y negando, por ello, todo sistema de rígida dirección estatal.
- Corrija con decisión, a través de distintos mecanismos sociales, las extremas desigualdades e injusticias que un mercado en estado de «competencia perfecta», sin frenos, lleva consigo.

Es decir: una síntesis entre libertad y solidaridad, un sistema mestizo, para lo cual es esencial reincorporar a la totalidad —no solo a unas «reservas» de indígenas enclaustrados— los valores del sentido comunal de los pueblos indígenas americanos y de la vieja tradición comunera española.

¿Qué añadir a este repaso de lo que «decíamos ayer»?

## **Una reflexión sobre la convivencia política**

El triunfo teórico universal de la democracia como sistema de organización política de los pueblos es un hecho eminentemente positivo, que se asienta en el reconocimiento de que hay una dignidad básica en cada persona humana, y de que por lo mismo nadie tiene derecho —divino o forzado— a imponer su poder sobre la voluntad de un pueblo sin contar con esa voluntad, manifestada a través de cada uno de sus integrantes.

El reconocimiento de que el poder emana del pueblo —o, lo que en la práctica es similar, que emana de Dios pero necesariamente a través del pueblo—, y por lo tanto es obligado un pacto entre gobernantes y gobernados, concepción aportada por grandes teólogos españoles, rubricada por los precursores de la Revolución Francesa y llevado a concreción por sus consecuencias políticas, no es ya, por fortuna, seriamente discutible.

No hay duda de que el poder emana del pueblo, quien, a través de comicios periódicos, elige entre varias opciones a sus gobernantes. No hay duda de que los poderes determinados por las mayorías deben respetar a las minoría —la posibilidad de que se constituyan, a su vez, en mayorías y logren así los poderes de gobierno—. Y no hay duda de que, siempre, existen derechos humanos básicos que deben ser siempre respetados.

El reconocimiento de ello es un avance político formidable de la especie humana. Renegar de estas conquistas sería siempre un retroceso a épocas de inmadurez y de barbarie.

Sin embargo, este formidable avance está siendo deformado en los últimos tiempos —o desde siempre, pero sumamente agravado en los últimos años— por maneras y formas erradas, por graves deformaciones que adulteran y desfiguran la bondad del sistema democrático de gobierno. Y lo dramático del plano que hemos alcanzado, del nivel de errores y deformaciones, es que pueden llevar a una invalidación grave de las virtudes de la propia democracia. O que pueden presentarse de tal forma que masas amplias de ciudadanos sean movidos por «mesianismos» supuestamente superadores que conduzcan a nuevas edades de penumbra totalitaria.

¿Qué hemos hecho, que estamos haciendo de nuestras democracias, viejas o recién instaladas o reinstaladas? Las censuras son cada día más afiladas, y con frecuencia más justificadas. Y, a veces también, más desesperanzadas, lo que resulta agudamente preocupante.

Primero, las agrupaciones político-partidarias —los partidos— se han constituido en órganos cerrados, controlados por núcleos permanentes que se distancian progresivamente de las preocupaciones populares y se centran cada vez más en la atención a la conservación o conquista del poder, controlando eficazmente los sistemas electorales internos para mantenerse en los núcleos directivos partidarios, y externos para perpetuar o lograr su dominio político global.

Segundo, los partidos desbordan progresivamente su ámbito específico —el de la opción política general para la determinación del Legislativo y del

Ejecutivo— para devorar parcelas cada día mas amplias de la vida social que no le son propias: la vida municipal, la vida sindical, la vida académica, etc., son controladas por los partidos. Las asociaciones de jóvenes, son asociaciones de los jóvenes de un partido. Las asociaciones vecinales, igualmente. E igualmente las asociaciones femeninas, sindicales, culturales, de estudiantes, etc., tienden a ser expresiones sectoriales de los partidos. Difícil es encontrar asociaciones sociales extrapartidarias. Normalmente están controladas por los partidos. No hay vías de comunicación directa. No se alientan asociaciones independientes, integradas por personas de todas las corrientes políticas para defender intereses u opiniones que no son de partido. Los partidos aplastan así la riqueza y pluralidad de la vida social, haciendo de la construcción de un puente, del ajardinado de una calle, de la elección de un rector universitario, de la reivindicación de un convenio colectivo... una cuestión de partido, que separa a los que, en principio, tienen un interés común.

Tercero, a cambio del control progresivo de la vida social por las minorías dominantes en los partidos, el sistema concede cada vez más libertades individuales para la conducta insolidaria, para la degradación moral, relativiza cada vez más los principios básicos necesarios para la solidez de una sociedad, contribuye a la insolidaridad generalizada y al individualismo descarnado, da cada día mayores garantías al que vive sólo para sí mismo, incluso cuando éste llega a la delincuencia. De tal modo que el ciudadano normal se siente cada vez mas desprotegido, con menos libertades reales y concretas en su vida diaria. Desciende la «seguridad ciudadana», que es la libertad de los más y durante más días.

Cuarto, cubriendo todo ello, el triunfo paralelo del dogma de la libertad de mercado sin ninguna restricción por el bien colectivo —o la creciente disminución de estas restricciones—, produce, frente a la teórica difusión o socialización del poder político, que es la democracia, una creciente y agobiadora concentración y desocialización del poder económico, que invalida la democracia política al determinar, con carácter cada día mas pleno, las decisiones políticas sometiéndolas a sus intereses, y no a los de la colectividad. (En la misma medida en que el Estado se retrae en sus papeles de dirección económica, dando entrada más y más a la libertad de mercado, se produce —asombrosamente— no una mayor libertad económica, sino una mayor planificación global, una más controlada y pormenorizada regulación, pero esta vez al servicio de las grandes corporaciones transnacionales. Son los Estados los que podrían —curiosamente— invocar el

principio de «subsidiariedad», como entidades mas reducidas que las transnacionales).

Quinto, el carácter cada día más universal, más transnacional, de estos poderes económicos y su creciente fuerza como factor determinante en las decisiones políticas, lleva como consecuencia ineludible a una desnacionalización de las mismas. Es decir: a un alejamiento de los modos, valores y sentires de cada colectividad humana, a un distanciamiento de cada conciencia popular. Y no hacia una universalización o internacionalización progresiva de los intereses de cada pueblo, en armonía creciente con los otros, sino sólo al servicio de intereses cada vez más concentrados.

Sexto, nos acercamos, insensiblemente, a una marea arrolladora de concentración de poderes en el mundo, a una nueva especie —más sofisticada— de totalitarismo manejado por las grandes corporaciones transnacionales, encubierta con fórmulas democráticas cada vez más vacías: se mantiene el voto ciudadano para ámbitos de decisiones cada día menos verdaderamente importantes: lo nuclear de la marcha de los distintos países viene resuelto desde arriba, más allá de los votos.

No podemos hacernos ilusiones a esta altura del proceso: o la democracia corrige ya estos errores o nos espera una nueva ola de redentores tiránicos que manejen, frente a los poderes económicos mundiales, los sentimientos nacionalistas o religiosos subsistentes en los pueblos.

Se impone una rectificación en el seno mismo de la democracia que, manteniendo y confirmando sus principios irrenunciables, elimine:

1. La deformación partitocrática —el cáncer de la democracia—, en sus dos aspectos: que el partido sea la única vía de representación ciudadana, y que el partido sea una estructura alejada de la sociedad e incluso de sus propias bases, controlada por una minoría que se perpetúa a su cabeza.
2. La deformación moral que ha llevado a no comprender que sólo es posible perpetuar un sistema de libertades si estas libertades tienen límites, que los gobernantes tienen la obligación de defender unos principios constitutivos que impidan la disolución social, y no la de ser meros árbitros neutrales entre cohesión y disolución.
3. La deformación de la irrestricta libertad de mercado por encima del bien común, sobre todo de la libertad irrestricta para los poderes económicos transnacionales que conducen a la denominación global de todos los pueblos por núcleos reducidos de control, ajenos a los intereses de

cada grupo humano y de un auténtico sentido de armonía y cooperación interpueblos.

Los pueblos pertenecientes a la cultura indo-hispana están, sin duda —ese es mi convencimiento— más predispuestos por su propia tradición comunal —indígena e hispana— para una rectificación democrática en este sentido. Tal vez por tener que desandar menos en un tipo de modernización que ha acabado mostrándose errado e inhumano, están más predispuestos a alcanzar una modernización más certera y a la medida del hombre. Asumiendo la virtud de la formulación democrática, pueden llevar más lejos esa democracia, más lejos en el sentido de mayor comunicación pueblo-gobernantes.

La potencia de los actuales movimientos iberoamericanos de base es, para cualquier observador mínimamente penetrante, lo más esperanzador existente en la realidad social de nuestro mundo, lo más vivo, lo que acumula mayores expectativas y esperanzas.

Esos movimientos han ido dando respuestas —sin medios, sin recursos, sin atención oficial, por pura iniciativa y esfuerzo populares— a situaciones, con frecuencia desesperadas, en el terreno de la alimentación, de los servicios sanitarios y de salud, de la vivienda, de la educación básica, del orden público, de la atención a los desastres naturales... allí donde las Administraciones o los partidos se mostraban —con todos sus recursos económicos y organizativos— desoladoramente impotentes.

### **Una reflexión sobre la convivencia económico-social**

Asistimos al despliegue, descarado en los hechos, encubierto en las palabras, de un arrasador darwinismo social de los pueblos ricos.

Si, como saben los biólogos evolucionistas, las especies evolucionaron a través de la selección natural, al alcanzarse el nivel humano —el *homo sapiens sapiens*— (algo que los creyentes pueden definir como el punto de llegada previsto, al que estaba encaminada la evolución, el que justificaba en definitiva todo el proceso, y el increyente puede pensar que es el resultado del simple azar), se produce un cambio cualitativo esencial: el hombre, por sí mismo, pudo poner fin a ese proceso de selección a través de la sobrevivencia del más fuerte, del mejor dotado, afirmando una solidaridad con el otro ser humano más débil. El hombre podía establecer, después de tantos millones de años de «ley de la selva», la «ley de la fraternidad». Podía establecer, frente a la competencia, la solidaridad.

Pues bien: esa hazaña de la solidaridad humana está siendo negada hoy más que nunca —más que nunca en los hechos e, incluso, más allá, en la teorización— por el darwinismo social que ejercen:

- Los sectores ricos en el interior de las naciones ricas, sobre los sectores pobres de las mismas.
- Las naciones ricas sobre las naciones pobres.

A lo largo de millones de años, de miles de siglos, los seres vivos más fuertes y resistentes dijeron con su mudo lenguaje a los seres más débiles: «sobráis».

Y ese es el mensaje, más mudo aún porque está encubierto por la hipocresía, de la sociedad rica y del mundo rico a la sociedad pobre y al mundo pobre: «sobráis».

El capital, que se mueve, tanto más cuanto más concentrado se presente, y tanto más cuanto menos es corregido por parte de los poderes públicos y sociales, por el único criterio del beneficio, establece el principio motor de la competitividad —o se es competitivo o se desaparece— en el comercio global. Y esa competitividad como único criterio —sin frenos legales— lleva inexorablemente a la expulsión masiva de trabajadores de sus empleos: «sobran». Caritativamente, se les puede subsidiar mientras vivan. Pero, decididamente, la generación próxima, en su mayor parte: «sobra».

Esta dramática realidad en el orden interno de los países ricos se multiplica hasta el «holocausto masivo» con los países pobres.

El espectáculo de muchas zonas de Iberoamérica y de Asia va entrando en los límites del desastres definitivo. pero en el África negra ya está dentro de ese desastre. África «sobra». (El resultado de una colonización europea sobre los supuestos individualistas ha dado por resultado un África negra independiente que camina hacia su aniquilación ante la mayoritaria indiferencia del Norte. En el África negra se ha llegado a una «solución final», tal vez no estudiada, pero sí previsible y aceptable por el Norte rico. El África negra es un auténtico «campo de exterminio», porque el África negra «sobra», no puede entrar en el esquema, no es útil para el mundo competitivo.

Hay, ciertamente, en el Norte muchas reservas de conciencia humana que se rebelan contra ello, para las que ningún ser humano sobra. Pero siento que, como comunidad humana en su conjunto, es el mundo iberoamericano el que se encuentra más preparado para rebelarse contra ese darwinismo social de los países ricos.

La configuración interna social-económica de nuestra Comunidad —tan negadora, con frecuencia, de sus propios principios— debe y puede:

- Configurar en sí misma una solidaridad en la que nadie «sobre».
- Y en el orden internacional una acción en la que ningún pueblo «sobre».

Por su propio carácter integrador —mestizo— nuestra Comunidad no puede sobrevivir como tal Comunidad diferenciada si se pliega al sistema darwinista imperante, si no ahonda en su propia afirmación de humanidad solidaria. Si no responde con un proyecto de universal salvación a toda concepción —explícita o implícita— de un mundo con pueblos, razas, clases y personas «predestinadas».

La Comunidad Iberoamericana como tal —unida o desunida, integrada o desintegrada políticamente— debe resolver sus propios desajustes, pero también tiene algo que decir internacionalmente, también puede presentar su ofrecimiento de un quehacer con todo el mundo al que se le ha dicho que «sobra» para negar esa inutilidad supuesta.

Por encima de lo que impongan las «políticas exteriores comunes» de la Unión Europea o de la NAFTA norteamericana, los pueblos de la Comunidad Iberoamericana —gran parte de los cuales figuran entre los que «sobran»— han de levantar su voz y su voluntad para imponer vías de solidaridad sobre los criterios del beneficio personal y de la competitividad.

La respuesta propia, aparentemente vencida hace siglos para siempre, la respuesta cuya simiente aún vive, no dudo que empezará a asomar la fuerza de sus rebrotes jóvenes, cuando la respuesta entonces vencedora alcanza ahora una vejez colmada de inhumanidad y de fracaso.

### **Una tarea grande para una gran Comunidad**

La historia de la vida social de la humanidad ha sido y es una permanente lucha entre la concentración y la difusión del poder. El triunfo de la democracia es el triunfo teórico de la difusión —la socialización— del poder entre todos los ciudadanos.

Muchos siglos ha costado al hombre alcanzar ese logro. Pero esa victoria no ha sido definitiva, no ha sido definitivamente asegurada. La tendencia a la concentración del poder penetra nuevamente en el tejido social, sin enfrentarse explícitamente al planteamiento democrático, pero si corrompiéndolo en sus mecanismos más profundos.

La democracia puede, de esta forma, de continuar el proceso, quedar vacía de contenido. Podemos seguir decidiendo con nuestros votos entre un partido u otro, entre un gobernante u otro, pero no entre una alianza internacional u otra, entre un tipo de economía u otro, entre una visión del mundo y otra. Lo decisivo está decidido en una decisión en la que no participamos, y por unos protagonistas últimos a los que no elegimos y, a los que, probablemente, ni conocemos.

La organización político-social de nuestros pueblos se encuentra ahora, al cabo de un camino aparentemente prometedor de varios siglos, en un momento en el que hay que salvar las bendiciones de las cotas de convivencia libre, y de las cotas de representatividad alcanzadas, con una revisión al menos de dos involuciones que llevan camino de anular el sueño humano de participación de todos en el poder:

- Por un lado, el lado más universal y mas grave, el de la concentración de los poderes económicos mundiales, que dejan convertida en cenizas la supuesta soberanía de los pueblos y de sus órganos representativos de toma de decisiones.
- Por otro, el más local pero también el que va afectando a todos en todas las latitudes, el de la concentración de los poderes políticos en las cúpulas partidarias cada día más cerradas en si mismas, más convertidas en sistemas de autodefensa, más lejanas de las propias bases.

¿Cómo salir al paso, como deshacer este camino regresivo de concentración de poderes —internacionales y locales— que nos van devorando en cada vuelta del camino la esencia socializadora del poder de la democracia?

Particularmente entiendo que estos interrogantes —que de una u otra forma van apareciendo en politólogos, economistas y sociólogos críticos— deben ser resueltos en el nivel internacional, por una conjunción de pensadores y movimientos de pueblos —irritados y resueltos— que se rebelen contra las deformaciones de la democracia presente, doblegada en una u otra parte por fuerzas monopolizadoras, una conjunción de voluntades e imaginaciones que se impongan la tarea de asumir el propio futuro, más allá y frente al futuro que otros nos tienen preparado.

Pero entiendo, al mismo tiempo, sin exclusiones ni mesianismos, que en una gran medida los pueblos de la Comunidad Iberoamericana encierran en su alma colectiva reservas importantes para asumir un papel adelantado en esta rebeldía. La «rebelión mestiza» continuará actuando. Son

muchas energías las que se han invertido en luchas revolucionarias ibéricas y americanas, asomando su singular afirmación comunera mas allá de las fórmulas estatistas o individualistas ajenas. Son muchos los desvelos de escritores y ensayistas nuestros describiendo una realidad popular de infinitas riquezas atesoradas, aplastadas pero vivas, en espera de su irrupción cuando el momento llegue. Son muchos los esfuerzos de los hombres y mujeres de comunidades sociales obstinadas en salir adelante frente a las tormentas de la naturaleza o de los ajustes neoliberales. Son muchos los estudios de los economistas y sociólogos que se sumergieron en las hondonadas de la dependencia de nuestros países y predicaron una urgente tarea de liberación. Muchos los que levantaron teologías liberadoras. Son muchas las comunidades indígenas que han conservado intactos su amor al trabajo en común y su armonía con la naturaleza. Son muchos, muchos. Muy dispersos, ciertamente. Pero, aún dispersos, vistos a la distancia, auscultando su latir profundo, acaban por verse como un ancho río de respuestas, desembocando en el mar de todos los pueblos y de todas las culturas, para dar a ese océano global un sabor comunero y a liberador.